

CLAUDIO RODRÍGUEZ

Lo conocí a mediados de los sesenta en una cena de clausura de un curso de verano. Él, conferenciante de poesía; yo, profesor de lengua española para extranjeros. Gran poeta laureado, en plena juventud y talento, fue en aquella celebración la estrella.

No sé si coincidimos silla con silla, pero el caso es que hablamos y recuerdo que yo me sentía como elevado, como con derecho a acaparar su atención y comunicarle mis filias y fobias de toda índole en el fondo actuando como si la proximidad física llevara aparejada la igualdad intelectual. La juventud es particularmente vulnerable a estos delirios, a los que los famosos deben estar acostumbrados.

Ignorante de su poesía, no le dediqué el menor comentario ni halago, comportándome en todo momento como un sábelotodo hipercrítico, y al mismo tiempo con la llaneza propia de una amistad de toda la vida-otros sabrían decirme si este era un sentimiento que Claudio inspiraba en los demás.

Después de varios años sin vernos, empezamos a coincidir esporádicamente en un club deportivo. Nos cruzábamos, él con su bolso y pala de frontón, yo con el mío y raqueta de tenis.

-Me gustaría que me enseñaras unas nociones de tenis-me decía.

-Con mucho gusto.

-Tenemos que quedar.

-Cuando quieras.

Nunca se celebró la inconcretada partida, y yo seguía sin leer su poesía. Mejor dicho, en una ocasión abrí un poemario suyo y a los varios minutos lo cerré. Me pareció aquella poesía una rebuscada divagación.

Lo que sí comprobé, inesperadamente, fue algo que había intuido desde el principio, la excepcional hondura humana de Claudio Rodríguez, que era en definitiva, ahora lo veo claro, el motivo de mi gran estima.

Fue un día que entré en el Café Gijón, más conturbado de lo que me creía por un problema personal. Desde el centro del salón atisé donde acomodarme, encontrándose mis ojos con los de Claudio Rodríguez, que departía en una de las mesas laterales. Al instante se incorporó y se vino hacia mí.

-A ti te pasa algo, ¿no?

-No, nada.

-Te pasa. Ven a sentarte con nosotros, no estés solo.

Aquella tarde de conversación debió distraerme de mis cuitas, pero más que nada me hizo bien el gesto solidario de Claudio.

A mediados de los noventa se vino a vivir a mi barrio, por donde entraba y salía de los bares; bebía compulsivamente, creo que ya estaba alcoholizado. Nos encontrábamos de vez en cuando y hablábamos de cualquier cosa, nunca de poesía. ¿Se acordaba ya de cuando nos conocimos? ¿Recordaba mi nombre? Casi seguro que no, pero en nuestros casuales encuentros yo notaba aún brillar la llama amistosa de hacía treinta años.

Se fue de la vecindad, perdí el contacto y, cuando murió, lo sentí de manera muy personal, como alguien que pierde un preciado recuerdo. Hace un par de años un poeta animador me invitó a participar en un homenaje a Claudio Rodríguez. No fui; no me veía con títulos para hacerlo.

Hace unos meses he reencontrado a Claudio Rodríguez, y estoy emocionado. Está entero y verdadero en sus versos, donde antes yo no sabía verlo.

José Siles Artés
23-3-07